

Personajes en búsqueda de la libertad en *El apando* de José Revueltas

■ ■ Éder Élber Fabián Pérez*

El apando: La breve obra maestra de Revueltas

La importancia de un libro como *El apando* (1969) en la literatura mexicana es innegable, constancia de ello son las diversas opiniones, tanto de narradores como de investigadores y de críticos, quienes, han destacado la manera en que la obra de Revueltas profundiza en múltiples problemáticas gracias a una técnica inteligente e innovadora. Ejemplo de ello es la opinión de José Agustín, quien refería que *El apando* podría considerarse una obra híbrida entre la tensión que genera el cuento y las acciones dramáticas de la novela:

En 1969, y desde la cárcel, Revueltas publicó *El Apando* una de las obras más altas de la literatura mexicana; conjuntó lo mejor de sus cuentos y de sus novelas en una narración que a la vez es ambas cosas. Se trata de un texto hermético, una profusión de metáforas y símbolos, increíblemente intenso y perfecto [...] (Agustín, 1999, pp. 13-14)

Mientras que, para el escritor y crítico Juan García Ponce (2000), *El apando* representó: “La breve novela, el enorme relato de José Revueltas. No hay puntos y aparte, no hay pausas, respiros, hay una sola continuidad dentro de todo lo que ha pasado y está siempre volviendo a pasar” (p. 248). En la opinión de Edith Negrín (2014) la novela sobresale por su construcción: “La cerrazón preside la estructura de la novela, desde su presentación tipográfica 46 páginas [*sic*] ofrece un bloque estructural continuo ininterrumpido por sangrías, espacios en blanco, subtítulos o epígrafes [...]” (p. 24).

En tanto, Elena Poniatowska (1999) indicó la manera en que el apriamiento en Lecumberri de José Revueltas ayudó en la creación de esta obra:

En su última estancia en la cárcel, en 1968, fue a buscar a tres de los personajes más aterradores que existían en crujía alguna, a El Carajo, a Albino, a Polonio... Con ellos escribió la obra maestra *El Apando*, un libro que plantea una problemática universal: somos changos, gobierno y pueblo, todos igualmente ignorantes, brutos e inconscientes. (p. 20)

Quedémonos con una u otra opinión, lo interesante de todo esto es vislumbrar el impacto que tuvo esta breve obra maestra en la narrativa mexicana y recordemos que el propio José Agustín, al señalar las mejores novelas mexicanas, dictaminaba que *El apando* era la mejor obra publicada en 1969.

De igual forma, es relevante remarcar la importancia que fue adquiriendo la obra de Revueltas al paso de los años a pesar del desprecio en que se vio inmersa. El mismo Agustín indicaba como la obra de Revueltas fue discriminada por los círculos literarios que ejercían el poder en su momento, criticándola sin fundamento alguno. Para ello, dos ejemplos. Para el estudioso norteamericano John Brushwood (1998), la obra de Revueltas aún no alcanzaba su lugar en la narrativa mexicana: “Ni la observación penetrante, ni las convicciones firmes [...] a este respecto Revueltas ha fracasado repetidas ocasiones [...] Sus caracterizaciones son a menudo superficiales y propende a ser sensacionalistas [...]” (p.53). Mientras que, para su compañero de generación, Octavio Paz (1979): “La novela –refiriéndose en específico a *El luto humano*– está contaminada de sociología, religión e historia antigua y presente en México. Otro tanto ocurre con el lenguaje, por momentos brillante, por otros extrañamente torpe” (p.322). No contento con eso, Paz enlista una serie de defectos que para él son producto de los grandes males de juventud de Revueltas: falta de sobriedad en el lenguaje, ese deseo de decirlo todo de una vez, dispersión, pereza para cortar las alas inútiles de las palabras, las ideas, las situaciones, ausencia de disciplina, etcétera. Afortunadamente,

* Licenciado en Letras Hispánicas por parte de la Universidad Autónoma Metropolitana. Fue editor de la revista literaria Cardenal.

tanto las nuevas generaciones de narradores como de críticos y especialistas en literatura mexicana, pudieron modificar la visión que se tenía de la obra de Revueltas, convirtiendo sus obras en clásicos de la literatura mexicana del siglo XX.



José Revueltas y su apando

Revueltas recordaba que sus estancias en las cárceles eran como becas para estudiar, y es que, si regresamos el tiempo varios años atrás, habríamos de rememorar la primera “beca” que adquirió a los quince años, cuando fue apresado por participar en una manifestación comunista. A los 18 vuelve a ser aprehendido por su actividad sindical, así Las islas Marías se convierte en una escuela que le enseña a no dejarse doblegar y a buscar la libertad; pese a que no la encuentre en las maneras tradicionales. A los 54 años, Revueltas, fiel a su apellido, se incorpora al movimiento estudiantil del 68; años después recordará este momento de la siguiente forma:

Desde julio, aquí se desató en todo el país un gran movimiento estudiantil que comprendió a todas las escuelas y facultades de la Universidad, Politécnico, y escuelas y universidades de provincia [...] Desde el primer día yo me incorporé al movimiento gracias a los vínculos que siempre he tenido con la Universidad y especialmente con la Facultad de Filosofía y Letras. (Revueltas, 2014, p. 168)

Sobre lo ocurrido el 2 de octubre, Revueltas declararía lo siguiente:

El 2 de octubre hubo un gran mitin en la plaza de Santiago Tlatelolco [...] aquí ocurrió lo más bárbaro que podrías imaginarte. Al anochecer, antes que el mitin terminara, un helicóptero iluminó el lugar, en una zona ancha, sobre la multitud, con una luz verde de bengala. Esta fue la señal para que se desatara una balacera de ametralladoras y fusiles contra la masa inerme [...] Sabemos que decenas de cadáveres jóvenes fueron incinerados y aún hay madres y familiares que siguen preguntando por sus hijos y sus hermanos, sin atreverse a creer que hayan desaparecido para siempre. Algo horroroso y terrible para lo que no hay palabras. (Revueltas, 2014, p. 169)

En noviembre de 1968, José Revueltas es arrestado y él acepta su participación como cabecilla del movimiento, asume esta responsabilidad no correspondida de una manera loable y que le garantiza un lugar preponderante en la historia mexicana del siglo XX y del porvenir. En los diarios de la época, siendo preciso en el *Excélsior*, como titular podía leerse: “Detenido, José Revueltas, Confesó Haber Dirigido la Agitación” [*sic*]. De esta nueva beca que durará casi cuatro años, y que será la última, Revueltas recordaría:

Terminaron de detenerme el 16 de noviembre después del que el día anterior había dado una conferencia en la Facultad de Filosofía [...] Permanecí secuestrado en manos de la Dirección Federal de Seguridad durante tres días en un lugar al que me condujeron vendado de los ojos. Los compañeros y amigos se imaginaron lo peor y hasta llegaron a pensar que me habían matado; pero no fui objeto de golpes ni malos tratos, excepto el secuestro mismo. Ahora estoy consignado ante un juez y se me acusa de diez delitos contra el orden establecido: sedición, conspiración, acopio de armas, rebelión y aun cosas como homicidio y robo [...] Estamos en la cárcel preventiva más de ochenta personas, la mayoría estudiantes y maestros [...] Escribo y estudio [refiriéndose ya a su estadía en la prisión] procurando aprovechar el tiempo al máximo. (Revueltas, 2014, p. 170)

Durante su estancia en Lecumberri, Revueltas escribiría *El apando*, en lo que a mí respecta, su mejor novela. Técnicamente, construida de una manera magistral, como ya se esbozaba más atrás, con personajes inolvidables y con una prosa feroz, convulsa y extraordinaria. Sobre la novela, el propio José Revueltas declararía lo siguiente:

No fue una idea preconcebida; sino una necesidad del material. El material no permitía la respiración, la tensión era a tal extremo vigorosa que era imposible poner un punto y aparte, cosa que después vi hecha en *El otoño del patriarca*: todos son capítulos corridos, no por prurito literario, sino por la necesidad. El texto debe representar un hermetismo, un espacio cerrado. (En Blancas, 2007, p. 264)

Los personajes en fuga dentro del Apando

Un rasgo de vital importancia que presentan los personajes de José Revueltas (sobre todo en *El apando*) es su condición de prófugos de la realidad y que Evodio Escalante (2006) ha denominado como “personajes en fuga”:

Los personajes muestran no un punto de llegada (esto sería creer en el paraíso) pero sí un sentido, una dirección de fuga. Frente a la palabra-caja o la palabra-celda, que se despliega en el espacio de la página para retener o impedir el escape, los personajes muestran en cambio que, a pesar de su opresión y ubicuidad [...] existe la posibilidad de una salida, que se encarna o se sugiere en ellos. (p. 35)

En *El apando* cada uno de los personajes pretende escapar de su prisión por distintos medios. ¿Por qué vía lo hace cada uno? En el inicio de la narración conocemos que tanto los presos como los monos se encuentran enclaustrados, sólo que los primeros saben de su condición de apandados, mientras que los segundos, no son conscientes de ello. Los monos creen conseguir una libertad la cual no es más que una ilusión, prueba de ellos son las acciones que se repiten de manera indefinida cuando salen de la prisión y llegan con su familia:

Decían y pensaban ellos que para comer y para que comieran en sus hogares donde la familia de monos bailaba, chillaba, los niños y las niñas y la mujer, peludos por dentro, con las veinticuatro largas horas de tener ahí al mono en casa, después de las veinticuatro horas de su turno en la Preventiva, tirado en la cama, sucio y pegajoso, con los billetes de los ínfimos sobornos, llenos de mugre, encima de la mesita de noche, que tampoco salían nunca de la cárcel, infames, presos dentro de una circulación sin fin, billetes de mono, que la mujer restiraba y planchaba en la palma, largamente, terriblemente sin darse cuenta. Todo era un no darse cuenta de nada. De la vida. Sin darse cuenta estaban ahí dentro de su cajón, marido y mujer, marido y marido, mujer e hijos, padre y padre, hijos y padres, monos aterrados y universales. (Revueltas, 2011, p.14)

La supuesta libertad no es más que una máscara de su condición de apandados de la sociedad. Como Sísifo, las labores se repiten una tras otra, día tras día, inclusive algunas acciones que suceden dentro de la prisión como vigilar a los presos; también trastocan su vida privada: los monos vigilan la vida de su familia. Ese “cajón” entonces trasciende más allá de la prisión; se vuelve la vida misma. Este automatismo queda ligado a un tono de eternidad que Evodio Escalante (2015) ha definido como:

Una situación que remite a un pasado sin memoria, inmemorial, que se perdería en la nube de los orígenes. Están perdidos en su soledad de monos, entrampados en una “interespecie” de la que no logran salir y de la que, por principios de cuentas, no son ni siquiera conscientes. Atrapados por la fuerza del *sído*, de un pasado sin huellas que se impone a su existencia y que la determina, estos monos no son sólo la encarnación de la alienación, sino la prueba palmaria de que la humanidad en es algo que no ha logrado surgir. (p. 127)



José Revueltas en Lecumberri. Fuente: La Razón de México.

Resulta obvio que la libertad de estos hombres nunca llega a conseguirse, entonces... ¿Podríamos decir que los otros personajes El Carajo, Polonio y Albino consiguen plena libertad? Queda claro que no es así; no obstante, son más audaces para tratar de alcanzarla, aunque para ello deban valerse de distintos medios los cuales van desde los más nimios, hasta los más grotescos.

Buscando la libertad entre los muros: Polonio

Como señalaba anteriormente, los monos se encuentran apandados en la vida, sin una salida a corto o largo plazo; sintiéndose cómodos en su situación no buscan un medio de liberación. Mientras tanto, en un polo opuesto encontramos a El Carajo, Polonio y Albino quienes pretenden escapar de su aprisionamiento de formas disímiles. Estos personajes tendrán un propósito en común (más allá de que el objetivo primordial sea la introducción de la droga al penal), liberarse del encierro en el que viven, como bien lo notó Juan García Ponce (2000): “*El apando* no relata más que la lucha de Polonio, Albino

y *El Carajo* por obtener los medios para ejercer esa suprema libertad [...]” (p. 250). El primer personaje que aparece dentro de la diégesis de la narración, es Polonio, quien desde el encierro observa con detenimiento el ir y venir de los monos. Polonio no se queda impávido frente a ellos, desde su incómoda posición alcanza a insultarlos: “Esos putos *monos* hijos de su pinche madre” (Revueltas, 2011, p. 13).

Esta primera acción revela el carácter de Polonio que, como puede notarse, no es un personaje sumiso. Este hombre se vale de su ingenio para poder “salir” de su aprisionamiento y observar que sucede “afuera”¹. Este primer acto de liberación, aunque aparentemente mínimo, es poder sacar la cabeza y ver a los monos, complementada por un segundo momento de libertad: insultar a los vigilantes.

Su método catártico sirve para expresar su descontento ante el castigo impuesto, a la par, este

¹ El afuera del apando, de ese pequeño lugar donde conviven los tres hombres, es la cárcel con su patio y con las demás celdas, ese afuera es lo que ambiciona de manera momentánea Polonio, él desea ver a las mujeres quienes les traen otra forma de escapar de esa cruel realidad.

acto acaba por liberar su alma, la cual también se encuentra aprisionada por los distintos castigos impuestos por los custodios de la prisión. Habría que señalar que el aprisionamiento del alma de Polonio no llega a consolidarse en su totalidad, debido a que de ninguna forma alcanza la sumisión esperada.

Otra forma de liberación es la memoria: el recuerdo de los días prósperos. A excepción de El Carajo, quien en ningún momento de su pasado fue feliz, encontramos en Polonio prueba de esa alegría en sus recuerdos; si bien es cierto que la nostalgia lo invade, el recuerdo hace que se libre de esa terrible realidad en la que se encuentra inmerso:

Si era visto a través del vestido, a contraluz —y aquí sobrevenía una nostalgia concreta—, de cuando Polonio andaba libre: los cuartos de hotel olorosos a desinfectantes, las sábanas limpias pero no muy blancas en los hoteles de medio pelo, La Chata y él de un lado a otro del país o fuera, San Antonio Texas, Guatemala, y aquella vez en Tampico, al caer de la tarde sobre el río Pánuco. La Chata recostada sobre el balcón, de espaldas, el cuerpo desnudo bajo una bata ligera y las piernas levemente entreabiertas, el monte de Venus como un capitel de vello sobre las dos columnas de los muslos —aquello resultaba imposible de resistir y Polonio, con las mismas sensaciones de estar poseído por un trance religioso, se arrodillaba temblando para besarlo y hundir sus labios entre sus labios—. (Revueltas, 2011, p. 22)

Polonio rememora el andar por esos cuartos de hotel donde él y La Chata se amaban sin tener ninguna represión, sobre esto Vicente Torres (1985) ha indicado que: “La memoria del sexo que tiene Polonio dentro de la prisión evoca los días de libertad” (p. 104). Así, Polonio, termina por reencontrarse con la libertad, liberándose, por lo menos algunos instantes de su condición de apandado.

La libertad según El Carajo

El segundo personaje que nos presenta el narrador es El Carajo, quien nos es definido como:

Uno de los personajes más degradados en la novela, no sólo por las expresiones que le dedican sus compañeros Albino y Polonio, no

sólo por su nombre que indicaría una naturaleza despreciada, no sólo por su incapacitación física (un ojo, un pulmón, etc.). *El Carajo* es el personaje que más se aproxima a la animalidad como grotesco. (Rufinelli, 1975, p.46)

De esta forma, El Carajo se asemeja más a una bestia que a un hombre; no obstante, este personaje será el único que pueda gozar de una libertad distinta a los otros. Sabemos que en el inicio de la novela El Carajo desea sacar la cabeza de la misma forma que lo hace Polonio; sin embargo, este se ve impedido por dos factores. Primero, no cuenta con un ojo, por ello no alcanzaría a observar nada, sólo tinieblas. El segundo factor tiene relación con Polonio y Albino, quienes le impiden que pueda mirar por donde ellos lo hacen. Visto de esta forma tenemos que El Carajo no puede obtener la libertad que los otros presos poseen, se ve minimizado, sumiso ante las órdenes y voluntad de sus compañeros.

Bajo esta óptica, El Carajo puede parecer un ser ingenuo que no tiene la astucia e inteligencia; sin embargo, si estudiamos con detenimiento a este personaje, hallaremos en él no a la bestia sin sentido ni elocuencia; sino, al hombre que urde planes ingeniosos para poder abandonar su aprisionamiento, para poder encontrar así la libertad. Uno de los métodos que traza este curioso personaje es cortarse las venas, todo ello con el propósito de ir a la enfermería y escapar de forma momentánea de su encarcelamiento:

A propósito se arrimaba a la puerta de la celda... ahí junto al quicio, para que el arroyo de la sangre que le brotaba de la vena saliera cuanto antes al estrecho andén, en el piso superior de la Crujía, y de ahí resbalara al patio, con lo que se formaba entonces un charco sobre la superficie de cemento, y calculado el tiempo en que esto habría ocurrido, El Carajo ya se sentía con la confianza de que se dieran cuenta de su suicidio y lanzaba entonces sus aullidos de perro, sus resoplidos de fuele roto, sin morirse, nada más por escandalizar y que lo sacaran del apando a Enfermería. (Revueltas, 2011, p. 18)

La enfermería se vuelve el paraíso donde El Carajo puede descansar de los malos tratos de sus compañeros. Este método de liberación es mucho más factible que vivir aprisionado todo el tiempo;

a pesar de que le podría costar la vida. Nuestro personaje prefiere la muerte que vivir encerrado: “*El Carajo...* famoso en toda la Preventiva por la costumbre que tenía de cortarse las venas cada vez que estaba en el apando, los antebrazos cubiertos de cicatrices escalonadas una tras de otra, igual que en el diapason de una guitarra, como si estuviera desesperado en absoluto” (Revueltas, 2011, p. 18). Todos estos intentos prueban una forma de rebelión por parte del Carajo frente a sus compañeros y frente a una institución que lo reprime. Sobre esto Albert Camus (2001) señaló que:

Si el individuo, en efecto, acepta morir, y muere en esa ocasión, en el movimiento de su rebelión, muestra que se sacrifica en beneficio de un bien que estima y desborda su propio destino. Si él prefiere la oportunidad de la muerte a la negación de ese derecho que defiende, es que pone este último por encima de sí mismo. (p.36)

El bien que estima El Carajo es la libertad, por tal motivo en repetidas ocasiones acepta la muerte sin tener temor alguno. Es visible que ningún otro personaje de la novela incurre en tales actos, nadie tiene el atrevimiento de dar su vida a cambio de la libertad, nadie desea pagar con su vida este sumo bien.

Otro momento de libertad se suscita cuando llega a la enfermería y se las arregla para conseguir droga, demostrando así la astucia del personaje. El Carajo deja de ser una bestia para convertirse en un ser racional con la capacidad para conseguir algo que desea. La libertad se da cuando termina por consumir la droga, esto le brinda una vía de escape o una forma de fugarse de la cruel y trágica realidad en que vive:

El Carajo que no tiene uso, que está desposeído, según el esquema, de todo uso y que no sirve para maldita la cosa... es el único personaje, sin embargo, que logra hacer un uso productivo de su cuerpo y de la situación en que se encuentra. Cortándose las venas y arriesgando la vida en cada ocasión, consiguen que lo lleven a la enfermería donde se las arregla para obtener la droga que su corporalidad requiere. (Escalante, 2015, p. 134)

Sin embargo, la máxima forma de libertad que puede alcanzar El Carajo es abandonar ese saco placentario y renacer: “*El Carajo* es un ser fetal, no ‘nacido’; otra subsidiaria, que no se ha disuelto del cordón umbilical que lo ata a su madre” (Rufinelli, 1975, p. 47). ¿Cómo lo hace? Recordemos que, en la última parte de la novela, mientras Polonio y Albino enfrentan a los monos, El Carajo denuncia a su madre:

Al mismo tiempo *El Carajo* logró deslizarse hasta los pies del oficial que había venido con los celadores. “Ella –musitó mientras señalaba a su madre con un sesgo del ojo opaco y lacrimante–, ella es la que trái la droga dentro, metida entre las verijas. Mándela a esculcar pa que lo vea”. (Revueltas, 2011, pp. 55-56)

Evodio Escalante (2015) infiere sobre este hecho que: “Delatando de manera gratuita a su madre, obtiene una preciosa libertad que no está en posesión de ninguno, por más que continué ahí encerrado al lado de sus compañeros [...]” (p.134). Así lo que podría tomarse como una traición, no es más que una forma de liberación de todo lo que lo apandaba. Enclaustrado desde el nacimiento hasta su madurez, rompe con ello para ser un hombre libre:

Nacer es liberarse, salir del claustro y de la dependencia, rechazarlo, separarse. El insulto, el intento desacralizador del “concepto” de la madre es también una instancia de rebeldía, una expresión de la necesidad de ser, para el mexicano atado a su condición. (Rufinelli, 1975, p. 48)

De esta forma, El Carajo, se nos presenta como un “hombre rebelde” y no como un judas que traiciona a su madre y a sus compañeros, capaz de llegar a los extremos para obtener su libertad.

Albino y la angustia por la libertad

Albino, también desea alcanzar la libertad; sin embargo, de los tres personajes es el único que no la obtiene como él quisiera:

El que se desesperaba más en el apando era Albino, tal vez por ser el más fuerte, hasta llorar por la falta de droga, pero sin recurrir a cortarse

las venas, aunque todos los viciosos lo hacían cuando ya la angustia era insoportable. Había sido soldado, marinero y padrote. (Revueltas, 2011, p. 12)

Albino ha probado la libertad tal cual la entendemos, viviendo de un lugar a otro sin ataduras, él no quiere el recuerdo de los días buenos, mucho menos desea atender contra su vida. Él desea abandonar la cárcel para recorrer con plenitud las calles que ya han sido suyas. El único acto que podríamos considerar una tentativa para alcanzar la libertad, por parte de Albino, sería el combate contra los monos. Intento que se verá frustrado ya que:

Llegaron de la Comandancia otros monos, veinte o más, provistos de largos tubos de hierro. La cuestión era introducirlos, tubo por tubo, entre los barrotes, de reja a reja de la jaula, y con la ayuda de los celadores que habían quedado en el patio de la Crujía, mantenerlos firmes, con dos o tres hombres sujetos a cada extremo, a fin de ir levantando barreras sucesivas a lo largo y lo alto del rectángulo, en los más diversos e imprevistos planos y niveles, conforme a lo que exigieran las necesidades de la lucha contra las dos bestias [...] hasta impedir cualquier movimiento de los gladiadores y dejarlos crucificados sobre el esquema monstruoso de esta gigantesca derrota de la libertad a manos de la geometría. (Revueltas, 2011, pp. 54-55)

Crucificados después de una batalla digna de gladiadores, yacen los cuerpos maltrechos y sanguinolentos de Albino y Polonio. El intento del primero por alcanzar la libertad a fracasado, como castigo ya no tendrán la visita de las mujeres, ni la droga con que sobrellevar su infierno. La libertad se ha perdido en su totalidad, ahora los hombres se ven derrotados por la geometría y por supuesto que el más afectado será Albino, al no poder adaptar

algún método para liberarse como lo hacen sus compañeros; de esta forma perderá las opciones que tenía a su alcance para fugarse de esta realidad.

Conclusión: ¿Existe la libertad para todos?

Luego de todo lo dicho, se puede concluir primeramente que los monos, a pesar de poder salir de la prisión, en realidad viven encerrados dentro de una celda eterna y monótona: la vida misma. No son conscientes de su calidad de apandados, por consiguiente, viven ignorantes de los medios de liberación que podrían utilizar para romper con dicho aprisionamiento. Segundo, El Carajo será el único personaje en toda la novela que logre esa libertad tan deseada por los otros personajes; Polonio lo consigue por momentos, pero no la obtiene en su totalidad, para este personaje el recuerdo será su vía de escape momentánea a su penar, complementada por un segundo momento: liberar su furia por medio de los insultos. Mientras tanto, Albino no logra obtener ese bien de ninguna forma a pesar de ser uno de los personajes más fuertes, físicamente hablando, de la novela. Elemento que contrasta con la figura de El Carajo, quien siendo un personaje débil (según se nos infiere) logra obtener la libertad tan anhelada por los otros hombres.

De lo anterior se destaca como El Carajo sufre una metamorfosis, pues pasa de ser una bestia monstruosa, sin agudeza y sin grandes virtudes físicas a convertirse en un ente de gran inteligencia que construye opciones para fugarse de la realidad. El Carajo es así, un hombre rebelde que transgrede su propia vida para alcanzar su libertad. Visto de esta forma, tanto Polonio como Albino se convierten en personajes con poca inteligencia o creatividad para conseguir su libertad.

Referencias

- Agustín, J. (1999). José Revueltas. La palabra sagrada. Era.
- Blancas, N. (2007). El apando o la libertad sin esperanza. En F. Ramírez y M. Oyata (eds.) El terreno de los días. Homenaje a José Revueltas (pp. 261- 282). BUAP/ UNAM/ Miguel Ángel Porrúa.
- Blancas, N. (2014). La escritura circular y concéntrica en El Apando de José Revueltas. Benemérita Ciudad de Puebla. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego".
- Brushwood, J. (1998). México en su novela. Fondo de Cultura Económica.
- Camus, A. (2017). El hombre rebelde. Mirlo Pocket.
- Escalante, E. (2006). José Revueltas: una literatura del lado moridor. Conaculta Ediciones Sin Nombre.
- Escalante, E. (2015). Las metáforas de la crítica. Gedisa.
- García Ponce, J. (2000). Las huellas de la voz. Imágenes literarias. Joaquín Mortiz.
- Mateo, J. (2014). José revueltas. Iconografía. Fondo de Cultura Económica.
- Mateo, J. (2015). José Revueltas. La multiplicación de los peces. Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.
- Paz, O. (1979). Una nueva novela mexicana. En L. Schneider (Ed.), México en la obra de Octavio Paz (pp. 320-331). Promexa.
- Poniatwoska, E. (1999). El ángel rebelde. En E. Negrín (Ed.), Nocturno en que todo se oye. José Revueltas ante la crítica (pp.18- 25). Era/UNAM.
- Revueltas, J. (2011). El Apando. Era.
- Ruffinelli, J. (1975). El apando: Metáfora de la opresión. Texto Crítico, 2, 40 – 66.
- Torres, V. (1985). Visión global de la obra literaria de José Revueltas. Universidad Nacional Autónoma de México.